

PUBLICACIONES *Cinema*

ROBERT TAYLOR  
JANET GAYNOR *en*

50  
CENTIMOS



**una chica  
de provincias**

# UNA CHICA DE PROVINCIAS

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

INTERPRETADA POR

**Robert Taylor**

**Janet Gaynor**

DIRIGIDA POR

**WILLIAM A. WELLMANN**



PELICULA

METRO - GOLDWYN - MAYER, IBERICA S. A.

## UNA CHICA DE PROVINCIAS

---

Desde lo alto del poste telefónico en donde estaba reparando una avería, vió Demetrio pasar a su adorada Laura, una criatura encantadora, recién llegada de su pueblo, que, terminado su trabajo diario en el puesto de frutas, se encaminaba hacia el hogar tranquilo y apacible en donde completa el día en los quehaceres domésticos. Dieron una vuelta los dos jóvenes en animada plática. Demetrio, bastete y enamorado, le dice a Laura cuatro vulgaridades que no satisfacen el anhelo de la inteligente muchacha, cuya inteligencia y cuyo corazón sienten ansias locas de vivir, deslumbrada por el fausto y la grandiosidad de la gran ciudad de Boston, que la tienen entusiasmada.

Después de servir la cena a su familia y atender a su buen padre en los menesteres que tan amablemente saben prodigarles las hijas buenas — llevarle el periódico, quitarle el calzado — sale escapada a la calle. Atraviesa las calles como una saeta, sorteando como mejor puede el paso incesante de los raudes automóviles que en esta hora dulce primera de la noche llevan a sus ocupantes a los distintos espectáculos. Cuando acababa de ganar la acera de una de las más concurridas vías ciudadanas, se para en seco ante ella un lujoso automóvil. En su interior va el joven doctor Roberto Dunkin, hijo de un célebre cirujano ya jubilado por edad, llamado a ser el digno sucesor

de su padre por su talento y por la afición loca que siente a la profesión. Roberto es ni más ni menos uno de estos tipos de jóvenes divertidos que se afanan en explotar su juventud en mil y una diversiones noctámbulas del gran mundo, en el que tiene siempre todas las puertas abiertas, tanto por su representación social como por la elegancia de su persona. Jovial, inteligente, con un brillante porvenir que le sonríe e hijo único de familia distinguida y económicamente dotada, Roberto es en las reuniones y en las fiestas uno de los más destacados concurrentes, por el que las chicas de buenas casas se sienten atraídas con esta atracción desenvuelta y libre de las muchachas modernas. Le distinguen y le miman. Pero Roberto tiene ya elegida la que piensa hacer su esposa. Victoria se llama ella y reúne muy estimables cualidades. Distinguida y de buena familia, dinero en abundancia, moderna y dotada de prendas de belleza y elegancia personal que la hacen un buen partido.

Aquella noche debían encontrarse los dos novios en el campo de golf, después de cuyo partido se daba en los salones una brillante fiesta, en que se anunciaba un lucido baile y una cena. Todo lo más florido de la sociedad de Boston estaría presente en la velada que, a juzgar por los preparativos y por los programas, se prolongaría hasta bien entrada la madrugada.

A la fiesta se dirigía en su coche el joven doctor, cuando ha tropezado casi con la bella e ingenua Laura, la chica recién llegada del pueblo, deslumbrada por la magnificencia de tanta luz y de tanto movimiento de la urbe inquieta y pecadora. Paró el coche, como sabe ya el lector y dirigió a la sencilla provincianita estas palabras:

—Hubiera sentido mucho atropellarla. ¿Tendría la bondad de indicarme por dónde se va al Casino de golf?

—Con mucho gusto. Mire usted, una, dos, tres travesías y sigue usted luego a la derecha, todo arriba.

—¡Ay, ay! Presiento que no lo he entendido bien y que no voy a acertar.

—Pues, no puede usted equivocarse: la tercera boca-

calle, a la derecha, todo arriba, al final encontrará usted lo que busca.

—¿Si quisiera usted acompañarme...? Se lo agradecería mucho.

—No puedo, señor. Si me fuera posible, con mucho gusto.

—No sea usted mala. ¿Por qué no puede?

—Tengo que irme pronto a casa; me encontrarían en falta.

—Sube al coche y acompáñame, cielito; no seas mala...

—Pues le acompaño hasta allá.

Roberto sabía mejor que la joven el camino del Casino, pero vió en aquella ingenua criatura toda la angelical bondad que la adornaba y consideró que en tan buena como inocente compañía podría pasar una velada magnífica. Gato viejo en estas lides, sabía que debía darle un excelente resultado para los fines de diversión que le llevaban al Casino. Ya en el interior del magnífico automóvil, charlaron largamente; él poniendo en sus palabras toda la malicia que la experiencia le había dado, contestando ella con la llana sinceridad de quien considera bueno a todo el mundo y no sabe ver malicia por la razón de que no la conoce.

—Dime, cielito: ¿cómo te llamas?

—Laura Brand.

—¿Laura? Bonito nombre, cielito.

—Un nombre como otro, sencillamente.

—Está la noche encantadora ¿no es verdad, Laura? Me has dicho Laura, ¿no?

—Sí, Laura.

—¿Verdad que está la noche hermosa?

—Muy hermosa.

—¿Te gusta, cielito, ir en automóvil?

—Me gusta, pero corren mucho y puede una lastimarse.

—No lo creas, cielito. Los automóviles se han hecho para correr mucho.

—Pare, pare usted, que hemos ya llegado.

—Pero, ¿hemos llegado ya?

—Sí; ese es el Casino.

Lo sabía Roberto sobradamente. Pero en vez de pararse, entró raudo en los jardines e instó a la muchacha a que le acompañara. Se resistía Laura, alegando que tenía que irse a su casa, en donde su familia la esperaba, pero Roberto, que se había hecho la ilusión de cenar con ella en el restaurante del gran Casino, la convenció fácilmente de que luego irían a su casa, que la acompañaría en su coche, pues no podía consentir que después de haberle hecho el favor de haberle acompañado se fuera sola y a pie entrada ya la noche. Todo esto muy caballerosamente, muy zalameramente dicho, halagó a la muchacha, que en su vida había tropezado con un hombre tan simpático que la prodigara tantas atenciones. Además, le gustó ya desde el primer instante todo aquel lujo y aquella iluminación, y las mesas bien puestas, y los criados vestidos de frac y la alucinaron los ricos vestidos de las señoras y señoritas asistentes a la fiesta; en una palabra: Laura se encontraba, como por arte de encantamiento, en la realidad de un mundo que conocía solamente por las películas y por las novelas, hacia el que se había sentido muchas veces atraída. Claro está que le venía todo aquello muy grande y que apenas se atrevía a dar un paso; que notaba — porque era muy viva e inteligente — que su presencia desentonaba un poco y que le faltaba preparación, pero en su ánimo sentía una inefable satisfacción y le nacieron ansias de vivir, aunque fuera tan sólo por una noche, aquella vida siempre soñada por las chicas de provincia como algo quimérico e irrealizable. A decir verdad, en cuanto se sentó a la mesa, al lado de Roberto, ya no se acordó de regresar a su casa.

El joven doctor encontróse con no pocos conocidos y amigos a los que acompañaban sus novias y amistades. Con la más natural de las desenvolturas, fué saludando a todo el mundo, sin hacer gran caso de las miradas expresivas que le daban, como queriéndole preguntar con los ojos que de dónde había sacado aquella ingenua cuya presencia no dejó de llamar la atención, muy particular-

mente a Victoria, de pareja con un buen amigo del doctor, a los que se acercó Roberto para tributar un afectuoso saludo.

Aunque de primera intención se había propuesto cenar los dos juntitos en una mesa aparte, a ruegos de los amigos, accedió a formar parte entre los comensales de una larga mesa previamente encargada y puesta con el lujo de adornos y espléndidez de comidas con que aquella colección de niños de buena casa acostumbraban celebrar la más insignificante conmemoración. Como es de suponer, sentó a Laura a su lado. A la pobre criatura le venía todo aquello muy ancho y se sentía profundamente confundida entre tanta luz, tanta juventud distinguida y adornos y platos que le sobraban y de los que no sabía qué hacer. Como no podía ser menos, la cena fué regada con abundancia de vinos y, al final, se descorcharon unas cuantas botellas de espumoso y viejo champán, que mareó a algunos de los comensales. Entretanto la noche había adelantado hasta primeras horas de la madrugada. Siguió después una larga sesión de baile, animada con una que otra consumición más que colmaron la alegría ya un poco incontrolada en muchos de los juerguistas. También a Laura la habían mareado un poco las libaciones, si bien, modosita y un poco vergonzosa, no había hecho grandes consumiciones y conservó en todo momento la plenitud de sus facultades. No así Roberto, que al salir de la fiesta está con una regular tajada. Se le veía en la cara. Laura tuvo miedo por un momento. Fué entonces cuando se dió perfecta cuenta de su situación y del riesgo que corría. Así, que suplicó a Roberto la llevara a su casa, ya que eran muchas las horas que faltaba en ella y no quería que sus padres temieran, ansiosos, por su suerte.

—No, cielito, no; ahora no vamos a casa; te acompañaré mañana. Ahora iremos a dar un paseo y a contemplar el espectáculo de la naturaleza que es muy bonito. Tú no conoces esto, cielito, y quiero yo que te convenzas de lo hermoso que resulta. Así, que no te intranquilles, que a casa no te llevo por ahora.

—Pues yo quisiera que me llevara usted.

—Que te he dicho ya que no puede ser y que te voy a llevar a dar un paseo. Además que nos conviene nos dé el aire. ¿No te parece, cielito?

A decir verdad Laura estaba un poco asustada. No concebía ella como una chica de su casa podía pasear de madrugada por las afueras de la ciudad en compañía de un hombre al que casi no conocía, en coche, y, por añadidura, después de la juerga que había presenciado, de la que su acompañante había salido más que alegre en un estado de embriaguez bastante subido. Y era ella, Laura Brand, la que estaba en compañía de aquel hombre, acechada de todos los peligros. Francamente, no acertaba a explicarse lo que sucedía. Pero se conformaba con el pensamiento de que ella no había buscado nada de lo que le sucedía. Y se resignó, un poco fatalista, a aceptarlo, puesto que no había más remedio. Lo que más miedo le daba era la inseguridad en que se sentía por conducir el coche un hombre cuyas señales externas pregonaban que no estaba en la integridad de su dominio. Hablaba dando grandes tropezones, gesticulaba en desorden, en sus ojos se reflejaban los inequívocos efectos del alcohol. En el pueblo hubiera dicho todo el mundo que estaba borracho perdido; en Boston se decía que estaba un poco alegre. Lo cierto es que Laura no se sentía muy segura ni en su integridad moral ni física y que el miedo la comía. Tanto miedo la tenía embargada, que suplicó a Roberto que parara, pues quería descender e irse a su casa como fuera. Paró en efecto el coche el joven doctor y casi tartamudeando la preguntó que qué deseaba.

—Apearme para irme a mi casa.

—Pero, ¿no te das cuenta que quiere ya amanecer, cielito?

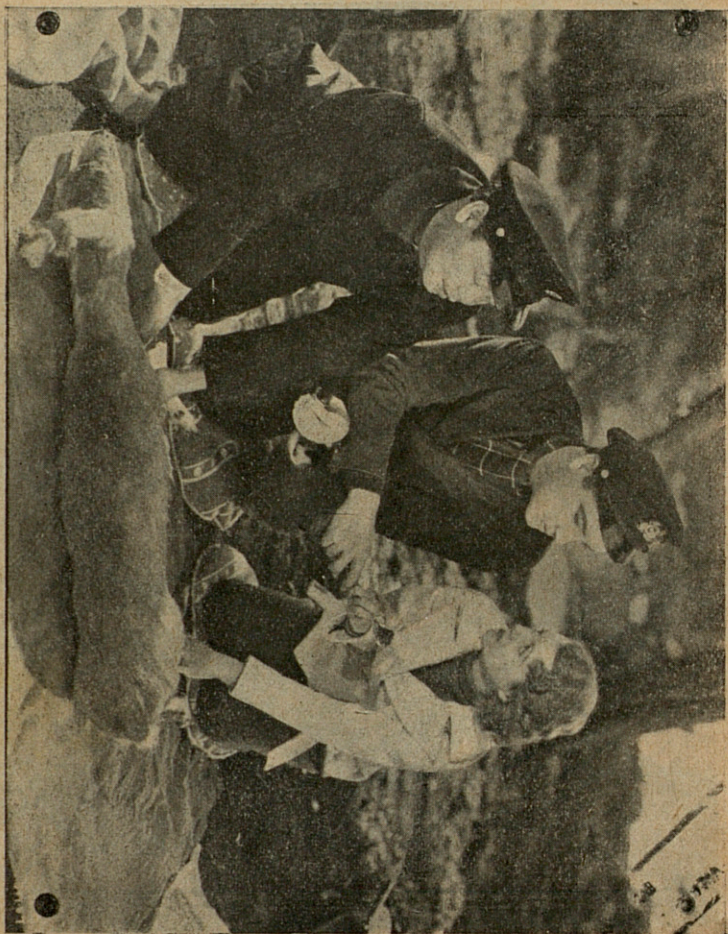
—Por esto mismo, déjeme usted irme.

—No, cielito, no puede ser; déjame que yo sé lo que me hago; no temas ni te asustes que por aquí se puede correr mucho en automóvil a estas horas.

Y dicho esto, apretó el acelerador y el coche escapó



—Ya te lo dije yo. Si que fui estúpido.



con una velocidad fantástica. Laura se asustó todavía mucho más de lo que ya lo estaba. Por un momento pensó que iban a estrellarse contra un árbol. No obstante, nada desagradable sucedió. Por el contrario, la noche tuvo un final tan inesperado como serio. A la primera luz del día llegaron frente a una hermosa villa, residencia del juez municipal, según un vistoso rótulo que así lo pregonaba en la puerta. Una idea asaltó entonces a Roberto y se dispuso a ponerla en práctica: podría contraer matrimonio con la bella provincianita... Era bella, joven, sumisa, ingenua... ¿Por qué no? Claro que ni su estado ni la hora eran las mejores condiciones para recordar a sus padres, a Victoria, a su Clínica, a su posición social...

Llamó fuertemente a la puerta del juez, que no se había levantado, naturalmente. Y esperó un rato que aprovechó para comunicar a Laura que dentro un rato estarían casados. Así, sin más preámbulos ni preparaciones previas.

La impresión que estas palabras causaron a la muchacha fué tan grande de momento que las atribuyó al lamentable estado en que Roberto se encontraba, del que ya no se podía dudar, viéndole cómo iba de la puerta del domicilio del juez al automóvil y del coche a la casa del juez, desgarrado, zigzagante, con la vista perdida. Aquel impulso del casamiento era más efecto de la inconsciencia que de la reflexión. Pero Laura no protestó.

Estuvo un rato Roberto en el despacho del juez, del que salió con un papel en la mano, que no era ni más ni menos que el acta de matrimonio que acababa de celebrar con la joven Laura Brand. En la forma como marcan las leyes del país, Laura Brand y Roberto Dunkin estaban casados. Con toda la rapidez que se quiera, con más o menos nocturnidad y sin pompa, como correspondía a la categoría social del contrayente, pero estaban casados. Al subir nuevamente al coche, se le cayó el papel que recogió Laura curiosa y cuál no sería su impresión al leer que, efectivamente, se trataba del acta de matrimonio. Sintió como el corazón le daba un fuerte salto y notó un escalofrío en todo su cuerpo. Pero, ¿podía ser? Y mi-

raba y remiraba, leía y releía, resistiéndose a dar crédito a lo que sus ojos veían. ¿Ella esposa de un doctor y joven de prestigio, elegante y guapo, por añadidura? Si no hubiera conservado un perfecto estado de su conciencia, habría para suponer que también ella estaba con las facultades ofuscadas o para creer que todo aquello no era más que un sueño.

El sueño y el cansancio tenían rendido a Roberto y no es de extrañar que tal cosa le sucediera. Se desorientó y se perdió en una confusión de caminos que no supo discernir. Cuando menos lo pensaban, estaban en medio de un espeso bosque y no se estrellaron porque llegaron a un paso encharcado en donde se paró el coche. El sol empezaba a acariciar los campos. Esta luz primera de la mañana acabó de rendir el cuerpo de Roberto. Instantáneamente se llevó el sombrero a la cara para resguardarse la vista de la luz y allí, en medio de un enorme charco de agua, en plena naturaleza, parado el coche, se quedó profundamente dormido. Laura se compadeció de aquel hombre que era ya ante la ley de los hombres su marido y veió su sueño. No sabía hacerse a la realidad de que estaba casada con aquel joven distinguido y apuesto. No hacía más que darle vueltas al acta matrimonial entre sus manos y volverla a leer repetidamente. Luego miraba con una mirada penetrante a Roberto y al coche y a sí misma y así sucesivamente en una excitación de nervios más que regular. No sabía si era aquello un cuento de hadas o una película, ya que en su concepto tenía de una y de otra cosa.

Cuando Roberto despertó, ya un poco descansado y sereno, no sabía lo que le pasaba. Estaba en este estado de desensoñamiento por que pasan todos los que han estado sumidos a los efectos del alcohol. Hablaba por interjecciones, por interrogantes, no sabía en dónde se encontraba, ni por qué extraños caminos había llegado allí, ni quién le acompañaba, ni cómo había pasado la noche. Poco a poco fué recobrando la lucidez y la serenidad volvió a su espíritu.

—Oye; pero, tú, ¿quién eres?

—Laura.

—¿Laura, dices?

—Sí; Laura Brand.

—¡Ah! ¡Laura Brand! Sí, sí; tú eres aquella chica que anoche viniste al Casino...

—Eso es, Roberto.

—Pero, tú, ¿tú sabes que me llamo Roberto?

—Claro que lo sé; me lo dijo usted.

—¿Te lo dije yo?... Sí que fui estúpido.

—Pues esté usted cierto que me lo dijo usted, doctor.

—Pero, ¿sabes también que soy doctor?

—Lo sé también porque fué usted quien me lo dijo y porque oí que se lo decían en el Casino.

—Ahora voy recordando. Bueno, Laura, necesito dormir un poco más.

Adoptó una posición más o menos cómoda y se quedó de nuevo dormido. Laura se sentía también fatigada y bajo el peso de una dulce somnolencia, pero la fuerte impresión que sentía en su alma ante los acontecimientos extraordinarios que se sucedían con tan rara como impensada rapidez, no la dejaban dormir. Le costaba mucho hacerse a la realidad que la rodeaba y, particularmente, le costaba mucho convencerse de que era la esposa del doctor, de aquel apuesto y elegante joven que a su lado estaba tan tranquilamente entregado al sueño, como si para él nada representara aquella acta matrimonial que ella no se cansaba de dar vueltas entre sus manos como un documento en cuyo texto se encerraban para ella tantas cosas.

Cuando Roberto despertó, ya completamente sereno y algo más aligerado de la enorme carga del cansancio, seguía Laura con el papel, para ella tan misterioso, en la mano. Se lo cogió Roberto y, al leerlo, sintió también despertar a una realidad que lo impresionó fuertemente y le causó un indescifrable estupor.

—Pero, ¿qué es esto?

—Pues ya lo ve usted. Se lo dió a usted el juez.

—¿El juez?... ¡Ah!... Sí, ahora me acuerdo: el juez al que visité. Esto es una barbaridad.

—Toda la barbaridad que usted quiera, pero una realidad que pregona que usted es mi marido y que yo soy la esposa del doctor Roberto Dunkin.

—Todo esto tiene arreglo. ¿Qué diría Victoria?

—¿Quién es Victoria?

—Mi novia.

—¿Su novia?

—Sí; mi novia con la que voy a casarme en breve. ¿Te extraña?

—¿Pero si esta acta declara y proclama que yo soy su esposa...?

—Todo tiene arreglo. Yo tengo un amigo abogado que es un lince para arreglar asuntos intrincados. No se apure usted, que todo tiene arreglo. Usted seguirá siendo mi esposa por unos seis meses, que es el tiempo que he de tardar en casarme con Victoria y luego se irá usted a su casa tan campante. Todo lo arreglará mi amigo abogado de la mejor manera. No pase pena. Durante estos seis meses viviremos juntos, pero guardando la debida separación y la prudente distancia; emprenderemos un largo viaje para sustraernos a la murmuración de las gentes y, de vuelta, volverá entonces usted a su casa.

—Veo esto un poco difícil. Usted no se acuerda que el juez ha telefonado a los periodistas y que a estas horas en Boston se sabe ya que usted es mi marido.

—Pero, ¿ha telefonado el juez a los periodistas? Pues, me ha fastidiado. De todas formas yo encontraré solución a todo. Ahora vamos a casa, te presentaré a mis padres y todo se irá poco a poco solucionando.

Y arrancó el coche del atolladero en que se encontraba y voló a su casa en compañía de Laura. Esta no sabía a punto cierto lo que le pasaba y veía ante sus ojos todo un mundo nuevo lleno de interrogantes y de inquietudes.

Era la hora de comer cuando llegaban al domicilio de los padres de Roberto, a los que encontraron sentados a la mesa, cuando se disponían ya a comer. Entró Roberto y

Laura se quedó un poco apartada, sumida en la más grande de las vergüenzas. La sorprendió la distinción en que la casa estaba puesta y la impresionó hondamente el porte señorial de los padres de su imprevisto marido, particularmente la madre, honorable señora elegantemente vestida y en cuyos ademanes se adivinaba una gran señora de las que la modesta Laura estaba acostumbrada a mirar a mucha distancia.

—¿Cómo estás, mamá? Buenos días, papá.

—¿Qué te ha pasado, hijo mío? Muy tarde llegas hoy. No te has acordado de la Clínica ni de nosotros.

—Estuve en el Casino y, realmente, se me ha hecho un poco tarde. Os presento a la señorita Laura Brand, que comerá con nosotros.

—Ustedes perdonen, señores, pero yo no quería; ha sido Roberto...

—No pase pena, señorita, estamos acostumbrados a que Roberto nos obsequie con la agradable compañía de alguna de sus buenas amistades.

—Es que yo... no quería, pero ha sido él; pueden creer ustedes que he quedado profundamente sorprendida al ver que era su esposa y pueden tener la más completa seguridad de que ahora estoy más impresionada que nunca ante ustedes. De todas formas, no duden de que haré lo posible para situarme a la altura que las circunstancias me han colocado, sin que yo hiciera nada de mi parte para ello.

Estas palabras de Laura, dichas con una ingenua naturalidad, descubrieron a los ojos de los atónitos padres todo el tinglado de la farsa de Roberto.

El viejo doctor no hacía más que mirar muy fijamente a su hijo. En sus ojos se adivinaba una dura reprensión que las palabras no se atrevían a pronunciar. La madre, percatada rápidamente de la comprometida situación, se llevó a Laura con mucho cariño, con la doble finalidad de animar un poco a la inocente criatura y conseguir así que padre e hijo quedaran solos para poder sacar en claro qué extraño enredo era aquél.

—Frente a frente padre e hijo, se desgranó entre ambos este diálogo en la más seria de las tonalidades.

—Supongo se trata de alguna barbaridad tuya. De ser ciertas las palabras de esa señorita, habrías de comprender que sería una fenomenal barbaridad. Supongo te habrás dado perfecta cuenta de quién se trata y que no estarás dispuesto a que Victoria quede burlada.

—Papá, no te pongas trágico, que todo tiene arreglo.

—Eres hombre y si, realmente, has cometido la tontería de casarte tan ligeramente con esa criatura por capricho, no olvides que los hombres que lo son han de cumplir sus compromisos.

—Tengo pensado cuanto debo hacer. Mira: ahora emprenderé un largo viaje en nuestro yate en compañía de Laura y a los seis meses regresaré para casarme con Victoria, previa anulación del matrimonio con Laura. Esta estará contenta de haber conocido un poco el mundo y Victoria conseguirá ser mi esposa. Además de que te consta que a Victoria la quiero con toda mi alma.

—No sé dónde tenéis la cabeza los jóvenes de hoy.

En este momento llamaron a Roberto al teléfono. Era Victoria que le anunciaba que dentro poco iba a verle para hablar con él un rato de lo que se murmuraba ya en Boston sobre su casamiento con una chica provinciana.

Volvió al comedor en donde le esperaban ya sus padres y su esposa. Esta estaba ya totalmente transfigurada, gracias a la habilidad de la madre que la había vestido en consonancia con el rango de la familia y conforme correspondía a la esposa de su hijo.

Acostumbrada Laura a servir a sus familiares, no sabía avenirse a que la sirvieran a ella ahora con el lujo de detalles que se había observado siempre en casa de Dunkin. Todo le venía extraordinariamente ancho: los candelabros que adornaban la mesa, la vajilla, los vasos para los distintos vinos, los criados de uniforme. Pero, como era inteligente, poco a poco fué reaccionando y despertando a una realidad que le iba siendo sumamente agradable. Su natural belleza, por otra parte, y su tipo de finas líneas

y exquisitamente bonito, rimaban muy bien en el ambiente de distinción en que se sentía trasplantada de forma tan súbita, como inesperada. Y pensó que se iría adaptando con todos sus esfuerzos para lograrlo a los gustos y al temperamento de su nueva familia. Tenía puesta en sí misma mucha confianza y sabría llevar los primeros tropiezos con la máxima dignidad. La experiencia de los padres de Roberto vislumbró al instante se trataba de una muchacha de talento natural y maleable voluntad y ante la inocencia, más aparente que real, de la nuera impensada, sintieron hacia ella una profunda piedad. Al fin y al cabo toda la culpa era de su atolondrado hijo. Claro que sentían cierta emoción ante los comentarios que inevitablemente haría la gente, pero no había más remedio que resignarse.

No habían terminado de comer cuando un criado anunció que acababan de llegar unos señores que deseaban hablar con el señorito Roberto. Supuso éste al momento que se trataba de los periodistas que en ningún trance de su vida le parecieron más inoportunos, pero se resignó a su suerte y salió al salón a recibirlos. Todo eran enhorabuenas y felicitaciones. Algunos ponían en sus maliciosas palabras un inconfundible tono de ironía que molestaba profundamente a Roberto. No obstante, no tenía más remedio que aguantar las chanzas de los avispados y mal intencionados que dejaban entrever la gracia que les hacía un matrimonio tan desigual como inesperado. Roberto, en su inexcusable turbación, les rogó que volvieran otro día que tendría mucho gusto en charlar un rato con ellos y que en aquel preciso momento sentía mucho no poderles atender como hubiera deseado, ya que un trabajo urgente de carácter profesional le obligaba a dejarles. Despedía en la puerta a los impertinentes periodistas cuando entró Victoria con el humor y con las intenciones que el lector puede suponer.

Roberto recibió a su prometida con la afectuosidad de siempre, como si nada hubiera sucedido. No obstante, advinó en ella un sentimiento de profunda contrariedad.

—Pero, ¿es cierto, Roberto, lo que andan diciendo las gentes?

—Cierto, Victoria. Una tontería mía en un momento de ofuscación, pero que tiene arreglo. Desde luego, puedes tener el más absoluto convencimiento que sólo a ti quiero para hacerte mi esposa. Laura, que así se llama esa muchacha, lo será por muy poco tiempo, el que habíamos señalado para casarnos. Es una inocentona criatura y nada ha de pasar que pueda redundar en detrimento de tu dignidad. Viviremos, sí, estos seis meses que faltan, pero haciendo vida aparte completamente ella y yo. Para que el acontecimiento transcurra menos sonado, he pensado emprender con ella un viaje que dure todo ese tiempo. Luego ya no se acordarán las gentes murmuradoras, volverá Laura a su casa y podremos casarnos, previa anulación de ese matrimonio contraído en momentos tontos que casi yo mismo no me explico.

—Supongo se debe tratar de aquella chica que anoche estaba contigo en el Casino.

—La misma. Me la encontré en el camino, la invité a montar en mi automóvil y sin casi darme cuenta, sin duda por efecto del champán, me encontré con el acta de nuestro matrimonio en las manos. Eso es todo. No pases pena alguna, todo se arreglará satisfactoriamente.

—Podrías presentármela.

—No tengo inconveniente. Te convencerás, se trata de una pobre muchacha.

Penetraron en el comedor y, después de saludar cariñosamente a los padres de Roberto, procedió éste a las presentaciones de rigor.

—Victoria, mi novia; la señorita Laura Brand.

—Mucho gusto, señorita.

—El gusto ha sido mío, señorita Victoria. De manera que es usted la novia de Roberto... Pues no sé cómo lo vamos a arreglar, porque yo soy su esposa.

—Bueno, no te apures, mujer, ya te dije que tengo un amigo abogado que lo pondrá todo en orden.

La penetrante mirada que se dieron ambas mujeres al

despedirse abietaron los sentimientos distintos que albergaban en su corazón. Laura sentíase ofendida en su dignidad de esposa al oír que todo se arreglaría para poder luego casarse Victoria con Roberto. No podía hacerse a la idea de que ella sería arrinconada como un trasto cualquiera para dar paso a Victoria por el mero hecho de tratarse de una señorita y no ser ella más que una modesta chica de provincia, pero con idéntico corazón y con no menos dignidad; desde luego confió en que en el curso de los seis meses que se le concedían de matrimonio, haría lo posible para desbaratar todos los planes que tan claramente se le exponían sin contar con ella para nada. En Victoria, por lo contrario, todo era esperanza ciega en que los acontecimientos se desenvolverían en la forma en que se lo exponía Roberto. No podía pensar que su novio la engañara, mayormente estando de por medio un compromiso de familia y tratándose de una ingenua provincianita, devenida esposa de Roberto por un desarrollo de circunstancias raras en cuyo desenvolvimiento la voluntad de Roberto había estado casi ausente. A pesar de este convencimiento, sentíase un poco postergada y desilusionada.

El novel matrimonio empezó una vida que en todos los detalles estaba de acuerdo con el plan trazado por el joven doctor. No se veían los esposos casi más que a la hora de las comidas. El resto del día se lo pasaba Roberto en la Clínica o con los amigos y, desde luego, había una completa separación de cuerpos, cada uno tenía su habitación. El matrimonio realmente lo resultaba solamente de derecho, ya que ante la ley resultaba que Roberto Dunkin estaba casado con Laura Brand. Pero solamente a los solos efectos legales. Con todo, aquella vida de comodidades y de despreocupación le iba entrando a Laura de tal forma que a los pocos días nadie hubiera advertido en ella a la antigua vendedora de manzanas, quehacer en el que había antes auxiliado a su cuñado Jorge, un tipo de campesino tosco y grandote, marido de una hermana de la provincianita.

Mientras se estaban preparando los detalles del viaje proyectado, la madre de Roberto, que había paeado ya un

cierto cariño a Laura, la miraba como a una propia hija y se desvelaba por comprarle buenos y hermosos vestidos que pudiera lucir en el viaje y en prodigarle atenciones y cariño que en el buen corazón incontaminado de modernismos de Laura encontraban una sincera y cordial reciprocidad que no dejaba de complacer a la buena señora. En resumen: suegra y nuera se avenían y congeniaban, no sabemos por qué raro fenómeno de convivencia.

Un día, el doctor Fabré, en cuya clínica trabajaba Roberto, y gran amigo del padre de éste, dió en su casa una brillante fiesta a la que, como no podía menos de ser, fué invitado el joven doctor. A la misma asistieron igualmente todas las buenas amistades de éste y sobre decir que entre los concurrentes no dejó de contarse Victoria.

A la hora del imprescindible baile, Roberto y Laura se lanzaron a marcar un vals. Laura bailaba muy bien y elegantemente ataviada no desentonaba para nada entre los distinguidos invitados.

Con toda atención, seguía los movimientos y los pasos de la joven pareja de desposados y en la forma en que lo hacía el más lego adivinaba que los celos se le escapaban por los ojos. A tanto llegó su impaciencia, que encargó a un amigo de su absoluta confianza que fuera a pedirle a Roberto le dejara bailar con su pareja al propio tiempo que le encargaba encarecidamente procurara animar una conversación para ver los puntos que calzaba la inocente provincianita. Así lo cumplió el amigo, mientras ella, viéndole libre a Roberto, se valió de todas las artes para bailar con él. Como siempre que una mujer lista y celosa se propone algo, Victoria, a los pocos momentos estaba abrazada a Roberto en pleno salón de baile. Pero como, más que bailar con él, lo que le interesaba era estar en su compañía, en cuanto hubo dado unas pocas vueltas que procuró tuvieran lugar muy cerca de Laura para que ésta se diera cuenta de lo que sucedía, solicitó de Roberto la invitara al bufet, pues tenía necesidad de beber algo. Todo esto fué advertido por la concurrencia y comentado por cada uno a gusto y conveniencia. Uno de los primeros en darse cuenta de lo que

aconecía fué el propio Dr. Fabré quien se encontraba en aquel momento sentado frente al padre de Roberto en amigable charla. No pudo sustraerse a las circunstancias y le dijo al anciano doctor Dunkin: Su hijo está hecho un fresco perdido. El bueno del padre sintió en lo más íntimo de su corazón el ramalazo que a la formalidad o, mejor dicho, a la poca formalidad de su hijo acababa de dedicar persona tan cuerda y sensata como su antiguo compañero de Clínica, jefe de su hijo y, por añadidura, dueño de la casa en que la fiesta se daba.

Pero no tuvo más remedio que tener que aceptar sin replicar el reproche entre otras poderosas razones por ser él el primer convencido de la sobrada razón que le asistía a sus compañeros. Entre los asistentes el descabellado y sorprendente matrimonio del doctor Roberto Dunkin con la señorita Laura Brand, perfectamente desconocida en el mundo de la buena sociedad allí congregado, suscitó toda suerte de comentarios y huelga decir que casi unánimemente reprochaban la decisión de Roberto. Solamente alguno que otro de los jóvenes divertidos atentos siempre a la última novedad en su mundo y que nada les importa de determinados miramientos no se recataban de manifestar que la joven señora de Dunkin era extraordinariamente bella y de un tipo como muy pocas podían gloriarse de poseer. Y esto era la pura verdad. Laura llamó aquella noche poderosamente la atención por su elegancia y por su deslumbrante belleza. Aleccionada carifiosamente por su mamá política, supo, además, desenvolverse con su natural soltura en medio de tanta aristocracia, extremo éste que fué advertido por no pocos de los concurrentes, especialmente por Victoria que, en su despecho, empezó a creer que la provincianita no era tan inocente e ingenua como muchos considerábanla y que por este motivo la envidia empezó a torturarla y hacerle temer por el futuro. Tanto es así que aquella misma noche, sin decirselo ni al mismo Roberto, se resolvió a introducirse en el yate antes que la joven pareja subiera a bordo para hacer con ellos el viaje y poder interponerse entre los

esposos, pues temía seriamente que en el transcurso de tantos días a solas, Laura consiguiera atraerse a Roberto y captar su voluntad, a pesar de las promesas que le había hecho su novio y de estar muy convencida de que sólo a ella profesaba un cariño tan grande como sincero.

Roberto dispuso el viaje marítimo con todos los pormenores y detalles: provisiones en abundancia, criados de confianza, libros con que entretener las largas horas que presentía en extremo aburridas, un camarote para cada uno en el que no faltara ninguna comodidad y, en fin, todos los detalles del más exigente refinamiento para pasarlo de la mejor manera posible. Al fin y al cabo tenía que hacer el viaje, pues quería transcurriera en las mejores condiciones de confort y de distracción.

Llegó el día señalado para embarcar. Victoria lo conocía por el propio Roberto y mucho antes de la hora que la pareja estuviera a bordo, se había ya acomodado Victoria en un camarote, no sin vencer la resistencia del capitán Mark, hombre de absoluta confianza de Roberto, si bien ignoraba que el viaje era más para despistar y sacar del ambiente social a Laura que de novios, como realmente creía el buen capitán.

En cuanto subió al yate Laura, se sintió tan satisfecha y sorprendida que no pudo resistir la tentación ni sujetar su curiosidad. Le hizo al capitán la confesión de que todo aquello le gustaba mucho y que era aquella la primera vez que embarcaba.

Ancló el barco y la pareja se pasó los primeros momentos acomodando el equipaje, cada uno en su camarote, extremo que no le sorprendió a Laura, puesto que ya esperaba que así lo habría dispuesto Roberto, si bien, a decir verdad, empezaba a resultarle pesado y la contrariaba un poco. Con todo, firme en su propósito de ganarse la voluntad y el cariño de su esposo por procedimientos de suavidad, no salió de sus labios la más leve de las quejas. Ella, no obstante, tenía su plan.

Ya en alta mar, se presentaron los criados para dar a la pareja de recién casados la más cordial enhorabuena y

desearles toda suerte de felicidades y un excelente y tranquilo viaje, todo esto en un castellano muy gracioso por la especial pronunciación de ciertas palabras, pues con la excepción del capitán y del maquinista, el resto del servicio eran fieles criados japoneses aclimatados a la vida en el yate del que casi nunca se apartaban.

Laura estaba loca de alegría ante los hermosos y ricos vestidos que en su equipaje había cuidado de poner su mamá política hacia la que sentía ya un sincero y entusiasta cariño por las atenciones que le prodigó desde el primer día que entró en la casa.

—¡Mira, Roberto, qué precioso vestido!

—Ya lo sé.

—¡Y este pijama!

—Ya lo sé.

—¡Y estas zapatillas! ¡Qué primor! Me sentarán que ni pintadas.

—Me alegro.

—Fíjate, y que requetebonito es este traje...

—Ya lo sé.

—Pero si no lo has visto. ¡Míralo!

—Tengo ya mucho trabajo con lo mío.

—No te preocupes; yo te lo arreglaré todo; tú no debes entretenerse en estas cosas.

—Muchas gracias; ya me lo dispondré yo a mi gusto.

—Yo también puedo hacerlo a tu gusto.

—Bueno.

—¿No estás contento, Roberto?

—Sí.

—Parece como que hagas este viaje a disgusto y a la fuerza.

—Y claro que lo hago a la fuerza.

—Pues yo quisiera que no fuera así y que te distrajeras y que te gustara mucho.

—Pues bien sabes que lo hago a la fuerza y que lo que a la fuerza se realiza no resulta agradable.

—Pues puedes creer que lo siento mucho. Yo quisiera que estuvieras muy contento y muy alegre, como lo estoy

yo; ¿no ves cómo estoy muy satisfecha y muy contenta?

—Mira, lo que puedes hacer es irte tú a tu camarote y dejarme tranquilo.

—Si este es tu gusto, me voy en seguida.

—Muy bien.

Victoria, mientras tanto, permanecía encerrada en su camarote del que tenía locas ansias de salir y poder ver a Roberto. Era para ella mucha jaula aquella y empezaba a hacersele prisión. Tanto que se resolvió a ir a verle aun a sabiendas de que a él no habría de gustarle. Y, efectivamente, se presentó al fiel criado Do-Dou al que rogó la acompañara hasta el camarote que ocupaba el doctor y le anunciara que una señora deseaba hablar con él. Así le cumplió fielmente el servicial criado. Roberto recibió a Victoria con visibiles muestras de desagrado.

—Pero, Victoria, ¿por qué has hecho esto?

—Ya te dije que también yo quería disfrutar algo de las delicias de este viaje.

—Pues no debieras haberlo hecho; francamente, no me ha complacido tu osadía.

—¿Es que querías estar solo con tu esposa?...

—No es por esto, Victoria. Bien sabes tú y te consta que es únicamente a ti a la que profeso mi cariño. La otra es una pobre muchacha.

—Bueno; si te molesto, me retiraré.

—No me molestas, pero opino que ella no debe enterarse de que también tú eres pasajera en este viaje tan convencional.

—Adiós, Roberto.

Y se fué evidentemente molesta por el recibimiento tan poco cariñoso como le acababa de dispensar su prometido. Esperaba ella otra cosa y la escamaba ya no poco sentirse postergada aunque fuera tan sólo como medida hábil de los planes de Roberto. Mujer enamorada, al fin, sentía la necesidad de sentirse mimada y quería para sí todos los momentos de su enamorado, quería que para ella fueran todas las palabras que salieran de los labios de su prometido y recibir en la pantalla de sus grandes

ojos toda la luz de las sonrisas y de sus miradas. Se daba además cuenta de que si así no era y otra mujer estaba al lado de él podían tener plena realidad sus temores de que poco a poco fuera adueñándose la otra de la voluntad de Roberto. La consideraba, sencillamente, una rival temible, precisamente tanto más cuanto menos lo parecía. Por otra parte, consciente del terreno que le llevaba adelantado, su miedo crecía de día en día ya que, en definitiva, había de resultar tanto más difícil apartarla del lado del joven doctor en cuanto más le fuera conociendo y saboreando las comodidades de la nueva vida, aunque fuera tan rara como la que hacían los dos recién casados. Con estas y otras cavilaciones mortificantes retiróse Victoria nuevamente al encierro de su camarote.

Laura, que no perdía el tiempo, se había dado perfecta cuenta de cuanto sucedía.

Cuando el criado había llamado a la puerta del camarote de Roberto, miró sin ser vista qué novedad se presentaba y pudo darse perfecta cuenta de que era Victoria la interesada en hablar con su Roberto. Como quien nada hace, sigilosamente se había colocado detrás de la puerta y pudo así enterarse hasta el menor detalle de la breve conversación tenida entre los dos novios. Al poco rato era ella, Laura, la que llamaba a la misma puerta, después de haberse ataviado con uno de sus mejores vestidos.

—¿Quién es?

—Soy yo, Roberto,—hizo ella con extremada amabilidad—. ¿Puedo pasar?

—Pasa. ¿Qué quieres?

—No quiero nada ni necesito nada, pero quería decirte si deseabas te hiciera un rato de compañía. Son largas las horas a bordo y una persona sola se aburre mucho.

—Bueno, quédate.

—Sabes, Roberto, que esto es muy precioso... Yo no había embarcado nunca y te confieso que me encanta.

—Lo celebro.

—Te agradezco mucho me hayas traído a un viaje tan

delicioso. Además, el yate es un encanto de limpieza y de decoración. No sabes cuánto celebro tener un marido de tan exquisito gusto. Lo celebro y me satisface.

—Siempre es mejor que sea así

—Así es, efectivamente; yo no sé mentir, Roberto; soy una mujer sincera. Ya sé que tal vez tú, en tus interioridades, te reirás de mí y que dirás que soy una infeliz criatura que me he interpuesto en tu vida. Pero si así pensarás, bien sabes que no te acompañas la razón en todo. Que soy una pobre chica de provincias no puedo negarlo, pero que me haya interpuesto en tu camino no es cierto y bien lo sabes tú.

—Yo no he dicho tal cosa.

—Pero me molestaría pudieras pensarlo.

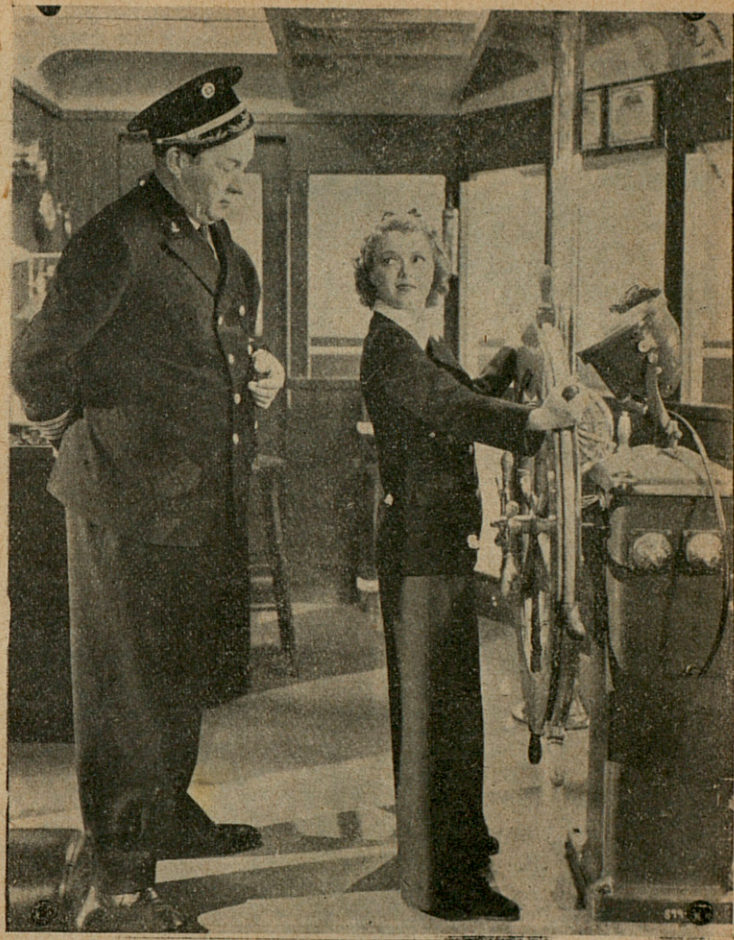
—Lo que yo pueda pensar no debe interesarte.

—Te equivocas, Roberto. Soy tu esposa.

En esta interesante conversación estaban ensarzados, aunque Roberto se limitaba a contestar casi exclusivamente y con las menos palabras posibles, cuando el criado llamó para la comida.

Bajaron al comedor en donde la mesa estaba puesta con todo lujo de comodidades. Sin duda la falta de costumbre de viajar por mar, había mareado un poco a Laura y al probar el primer bocado se sintió francamente mal hasta el punto que cuantos esfuerzos hizo Roberto para que comiera resultaron inútiles.

No lo tomes a mal, Roberto, pero prefiero no tomar nada, decíale con una amabilidad impropia de aquellos momentos. Los criados en vano se deshacían en cumplimientos y atenciones. Todo era inútil. Para ver de despertarle el apetito, le trajeron un grande y hermoso dulce. Tampoco. Tan mareada se notaba que prefirió retirarse a su camarote y acostarse. No hizo más que llegar y se dejó caer tendida en el lecho, presa de una terrible angustia. Para mejor hacerse la ilusión de que no navegaba, se cubría hasta la cabeza con la felpuda colcha. Se durmió tranquilamente. Roberto se explicaba perfectamente el incidente, que para algo era muy buen nauta y



Le hizo al capitán la confesión de que todo aquello le gustaba mucho ..



sabía por su profesión los efectos molestos de la navegación de altura en personas que no están acostumbradas a esta clase de viajes. Sintió la tentación de pasar a verla, pero, esclavo de sus planes, temió pudiera ella interpretarlo como un sentimiento que se esforzaba él en no querer sentir. Además que bastante tenía con el peso de su remordimiento por el mal paso que diera aquella noche infausta de Boston y debía ahora evitar hasta el más insignificante detalle que pudiera Laura interpretar como exteriorización de un sentimiento. Porque la verdad era una. Roberto, lo que se dice querer, no estimaba más que a Victoria. A Laura le obligaba la fuerza de la ley a reconocerla por esposa pero el corazón, el espíritu, la natural atracción la sentía por Victoria y por ésta únicamente. Pero no era cruel. Y nadie como él podía suponer que tal vez, pasados los momentos álgidos del mareo, necesitara algo para alimentarse un poco. Así que le mandó al fiel Do-Dou para que se interesara por su estado.

—¿La señora doctola necesita algo?

—No; necesito que te marches.

—Bueno, bueno, perdone la señora doctola. Es que me ha mandado el señor doctor para preguntarle de su parte cómo seguía y si necesitaba algo.

—Muchas gracias, vete.

—Bueno; adiós, señora doctola.

Salió el criado un poco amoscado de la poca amabilidad que con él había gastado su señora, si bien no le extrañó totalmente porque sabía por su larga experiencia a través de los mares que el estado de mareo termina pronto con todas las amabilidades. Manifestó a Roberto que nada quería la señora y el campechano doctor se quedó tan tranquilo como antes. No obstante, como viera que transcurrían las horas y llegaba la noche sin que Laura diera señales de vida, se resolvió por fin a verla y aconsejarla que saliera al aire para que con el fresco se le pasara el mareo.

El paisaje que presentaba aquella noche era sencillamente admirable y estamos seguros que también doctola

mucho a Roberto, pero que éste, aferrado a su voluntaria reserva, se obstinaba en silenciar todo el efecto que le causaba. Repentinamente sintióse molesto por el airecillo que empezaba a soplar mayormente a cubierta y significó a Laura la necesidad de retirarse. Esta accedió al momento a los deseos de su esposo y en brazos de él volvió a su camarote. Cuando la cogió un fuerte oleaje hacía balancear fuertemente el barco y por poco van a parar ambos contra la barandilla de cubierta. Con el impulso, una de las zapatillas que llevaba puestas Laura fué a parar al mar. No te apures, le dijo acto seguido en tono cariñoso: Te daré las mías. Roberto se limitó a darle una mirada expresiva y dura como significándole que no le agradaban tales majaderías. Así por los menos lo interpretó ella que se calló igualmente.

Cuando hubo dejado a Laura en su cama, dirigióse también Roberto a su camarote. Se sentía muy enfriado. Efectivamente, una tos fuerte y ronca se apoderó de él. Llamó a su criado al que rogó le trajera coñac, al propio tiempo que le ordenaba cerrar una ventana que había quedado involuntariamente abierta. La tos le molestaba y notaba un escozor fuerte y molesto en la garganta. El coñac no surtió tan buenos efectos como esperaba de su aplicación y tuvo que enrollarse un pañuelo al cuello.

Laura le oyó toser y le faltó tiempo para levantarse y volar a su lado con una poción que ordenó preparar a Do-Dou. Sabía ella que se trataba de una medicina casera de las que en general son enemigos los médicos, pero le constaba por experiencia que los efectos eran buenos y lo que le interesaba únicamente era que mejorara Roberto. Se presentó como una saeta en el camarote de su esposo y con cariñosas palabras le preguntó qué le dolía y le invitó a ingerir el agua que le traía ya preparada.

—No tengo mucha fe en estas medicinas caseras.

—Suponía que me contestarías esto, pero te ruego la bebas; me consta por experiencia que es un remedio eficaz contra los constipados. No te arrepentirás de haberme obedecido, Roberto. Lo que me interesa es tu salud.

Y sin más palabras, le dió la vuelta al cuello con su brazo derecho para levantarle un poco la cabeza sin desarroparle mientras con la mano izquierda le acercaba la taza a los labios. Roberto dió un sorbo y notó que efectivamente le sentaba bien. Otro y otro, hasta apurar la poción, cuyos efectos fueron de positivos y rápidos resultados. Al poco rato se le había aclarado la voz y se sentía notablemente rebajado.

Laura no se movió del lado de Roberto al que procuró animar con su cariño y Roberto la miraba fijo y reconocido. Tal vez, por vez primera descubrió que Laura no era una mujer vulgar y que en el fondo de su corazón atesoraba grandes virtudes. Por primera vez también mantuvo con su esposa una conversación un poco arrancada y, aunque en tono familiar, no por eso dejó de ser muy del agrado de Laura que comprobó el cambio con una inefable satisfacción. Hablábale él de sus enfermos en la Clínica, de los cuidados que era preciso prodigar a algunos en estado grave y de la solicitud con que les cuidaban las enfermeras. Ahora, añadió, tengo ya interés en poder regresar por comprobar los progresos que haya podido hacer un chiquillo que tengo a mi cuidado. Le trajeron a la Clínica casi sin esperanzas de vida y con paciencia y sumo cuidado he ido consiguiendo mejorarle notablemente. Aunque la curación se va operando lentamente, confío en que le salvaré. Lleva parte del cráneo de plata y se trata de un muchachito vivaracho y extremadamente simpático al que profeso un verdadero cariño.

Laura le escuchaba complacidísima y matizaba la conversación con atinadas interrupciones no exentas de interés y reveladoras de su inteligencia.

La fuerte mareada se convirtió en una tempestad que obligó a los navegantes a atracar, tomar tierra y esperar que amainara el temporal, ya que tratándose de una embarcación de recreo más que de navegación, resultaba un poco arriesgado proseguir la ruta.

Laura y Roberto saltaron a tierra, atraídos por la belleza del paisaje y el deseo de dar un paseo en tierra fir-

no. Por cierto que entre unas alambradas descubrieron un tierno cervatillo, cogido entre los espinos. Corrieron presurosos y el animalito les miraba con ojos de sufrimiento como si les implorara piedad y auxilio.

—¡Qué precioso, pobrecillo!

—Está herido. Verás cómo le hago la cura y le seltamos luego.

—Do-Dou, tráeme la caja de las herramientas, unas vendas, tintura de yodo y algodón.

Al instante tenía lo que acababa de solicitar. Procedió inmediatamente a la cura del cervatillo en lo que le ayudó solícita Laura, deseosa de demostrar a su esposo que podía serle incluso útil en su profesión. Terminada la cura, soltaron al animalito y buscaron resguardo al amparo de unos corpulentos troncos de unos árboles centenarios. Ningún momento como aquel para la plática íntima y para el idilio, pensó Laura. Porque realmente aquel matrimonio no había tenido idilio. Laura, siempre dispuesta a aprovechar la primera ocasión, consideró que después del catarro y de la cura del cervatillo, aquel rincón apartado del mundo en que estaban ambos frente a frente, al lado de la tempestad, resultaba la mejor ocasión.

—Creo que cuando estemos de regreso en casa podría ayudarte en la Clínica. Deseo estar más a tu lado y ansío gozar de tu compañía. Es nuestro matrimonio una cosa rara. Yo nunca había visto un matrimonio como el nuestro. Ya sé que soy muy humilde, pero me consta también que soy tu esposa.

—No sé si eres muy inteligente o muy ingenua.

—Lo que te digo es verdad, Roberto. Yo creía que casarse era otra cosa y no emprender un viaje largo, siempre separados, sin casi hablarnos nunca. Yo quiero estar en tu compañía y hablarte. Como cuando estabas acatarrado, como cuando curábamos hace unos momentos juntos al cervatillo herido.

—Repito que eres muy inteligente o muy ingenua. No sé cual de las dos cosas.

Laura contestó con una sonrisa iluminada de franca satisfacción. Por primera vez desde que estaban casados le había hablado de ella y de algo de ella. Con esto se daba ya de momento por muy satisfecha.

Pasó la borrasca y embarcaron de nuevo, ya por pocos días, ya que en atención al mal estado del mar, ordenó Roberto al capitán que acortara el viaje. Pensaba en lo pesado que debía resultarle a Victoria, siempre metida en su camarote.

En Boston fueron recibidos por los padres de Roberto quienes durante la ausencia se habían ya preocupado de ponerles un hermoso piso que a pesar del gusto con que estaba montado, más parecía cárcel que nido de dos recién casados. Seguían como antes viéndose tan sólo a las horas de las comidas. Roberto se pasaba muchas horas del día en la Clínica y no pocas de la noche en compañía de Victoria con el pretexto de la Clínica. Tuvo una íntima satisfacción al encontrar a su enfermito en muy satisfactorio estado hasta el punto que a los pocos días de su regreso pudo el pequeño salir de la Clínica y pasar a su casa. Este acontecimiento fué objeto de una conversación a la hora de la comida que transcurrió aquel día más animada que de costumbre.

La pobre Laura pasaba horas y horas sola, aburrida, fastidiada; tanta soledad llegó ya a fastidiarla y contaba en el calendario los días que le faltaban para regresar a su casa y dejar el puesto a Victoria.

Un buen día, en plena comida, llamaron al teléfono al doctor Dunkin. Púsose Roberto al habla. Era Victoria. Y allí, a presencia de ella misma, tuvo que escuchar cómo el que era su esposo le decía a Victoria que le esperase que se reuniría con ella a las cinco. Realmente, la situación de Laura era tan desagradable como tirante. Hizo a Roberto alguna leve indicación y éste le contestó con la más pasmosa frescura: tienes que irte haciendo a la idea de que, pasados los días que faltan para la fecha señalada, tendrán que volverte a tu casa y que yo he de casarme con Victoria.

Laura sabía muy bien esto desde el primer día en que entró en casa de Roberto. Se lo había dicho éste y se lo manifestó en términos más suaves pero en el fondo significaban la misma cruda verdad el padre de su marido. Pero era ya una temporada la que convivía aunque fuera en forma tan especial con Roberto. Además que había descubierto que no era malo y que poco a poco se había ido sintiendo fuertemente atraída por sus cualidades morales y por el trato atento y cuidadoso que siempre le había dispensado. Su conciencia le decía que le quería y presentía que dejarla le resultaría hartamente doloroso.

Transcurridos unos días más, después de cenar y cuando se habían retirado ya cada uno a su habitación, llamaron al teléfono. Le faltó tiempo para avisar a su esposa de que le requerían con urgencia en la Clínica ante un caso de suma urgencia. Como comprenderás, la dijo no puedo dejar de acudir.

—No, no, Roberto. Te debes a tu profesión y a tus enfermos, vuela al lado de ellos.

Bien suponía ella que quien le llamaba no era ningún enfermo sino únicamente Victoria pero debía disimular hasta el final. Y, en efecto, a donde voló fué al hotel en donde Victoria estaba alojada.

Pero la providencia quiso que el pequeño Jaime, el enfermito predilecto de Roberto recayera en su dolencia en forma tan súbita que fué precisa la intervención inmediata. Era alta hora de la noche y el teléfono llamaba con urgencia a Roberto con insistencia alarmante. Laura saltó de su cama, fuese a la habitación de Roberto y se puso al aparato. Al conocer el objeto de la llamada, contestó con naturalidad que creía a su esposo en la Clínica por haberle manifestado que se encaminaba a la misma. Pero luego telefoneó inmediatamente al hotel de Victoria y se limitó a preguntar al sereno si había llegado el Doctor Roberto Dunkin, obteniendo una contestación afirmativa. Vistiéndose en un momento y encaminándose al hotel, subió a la habitación de Victoria y, sin pedir permiso, penetró en la

misma e informó aceleradamente a Roberto de lo que sucedía.

Como tocado por un rayo se puso en camino. Llegó a la Clínica y lo encontró ya todo dispuesto para la intervención que no admitía retraso alguno. La intervención fué presenciada por el personal médico más reputado del establecimiento. Roberto hizo cuanto humanamente le fué posible pero el pequeño enfermó y falleció.

Fuese a su casa hondamente preocupado. Laura procuró animarle sin conseguirlo. Por fin, se decidió a hablarle con toda sinceridad. Le manifestó que no quería servirle más de estorbo, que comprendía que quería más a Victoria y que se casara con ella, que fueran muy felices; que entendía perfectamente que para la profesión de cirujano se precisaba de una absoluta serenidad de espíritu so pena de exponerse a serios fracasos en los que se juega la vida de una persona siempre. Yo, terminó, no quiero ser cómplice de tales descalabros. Y se despidió amablemente. Roberto quedó solo con su asombro y su pesadumbre. Las palabras de Laura le habían impresionado profundamente.

Lo primero que hizo Laura fué pasar a despedirse de los padres de Roberto a los que agradeció todas las atenciones que con ella habían tenido. El anciano doctor Dunkin la animó y le ofreció cuanto necesitara ya que como a una buena hija la consideraba.

Ya en casa de sus padres, volvió a sus quehaceres domésticos con la misma alegría con que antes los había servido. Por cierto que al día siguiente de haber llegado, en ocasión de ir a dar el periódico a su padre, se dió cuenta que en grandes titulares se decía: el joven doctor Roberto Dunkin se descasa de su esposa, una chica provinciana para contraer nuevo matrimonio con su novia. Se sintió profundamente emocionada. Tenía necesidad de ir a la calle, de que le diera el aire, de respirar con libertad y quizá de llorar sin que los demás se dieran cuenta. Y saltó a la calle. A los pocos pasos, la llama una voz de hombre. Era Demetrio, su antiguo novio. Ya sé, manifestó humildemente el bueno de Demetrio, que has pasa-

do una temporada en plan de señora y que va a serte difícil amoldarte a la modestia, pero debo manifestarte que me han ascendido a capataz... Estaba todavía en el uso de la palabra cuando un fuerte bocinazo les advirtió de la proximidad de un automóvil. Por poco les coge. A su altura paró en seco y una voz que salía de dentro, en tono de exquisita amabilidad, invitaba a montarse a Laura con estas palabras:

—Vamos, Laura, pero ahora para siempre.

—Sí, cielito mío, para siempre.

Y escaparon a toda velocidad, después de darse un fuerte abrazo. El primero en su vida, su vida de seis meses de casados.

FIN

## Editadas

- Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Tailor e Irene Dunne.  
— 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.  
— 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.  
— 4. *La vida de la Bohème*, por Martha Eggert y Jan Kiepura.  
— 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.  
— 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullavan.  
— 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.  
— 8. *La tumba india*, por La Jana.  
— 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.  
— 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.  
— 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel.  
— 12. *La marca de Caín*, por Noah Beery (hijo) Jean Rogers.

## En preparación

*Siete bofetadas*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch  
*Capitán Costali*, por Karl Diehl y Olga Tschechowa  
*Morir con honor*, Buck Jones, Edward Keene y Fred Kohler  
*Baile en el Metropol*, Heinrich George y Heinz von Cleve.

PUBLICACIONES CINEMA

APARTADO, 47

SAN SEBASTIAN

P.º de San Juan, 91 - Barcelona



N.º 13